

## NOTAS, PARA UNA HISTORIA DE LA IGLESIA EN SANTO DOMINGO

Por Frank Moya Pons

CUALQUIER INTENTO DE PERIODIFICACION de cualquier institución dominicana plantea problemas metodológicos que de ordinario no se presentan al historiador del resto de América Latina. En el Continente, por ejemplo, la historia de estos países se divide generalmente en tres grandes momentos: en primer lugar se coloca el Período Colonial, que comienza a principios del siglo XVI y que se hace concluir alrededor de 1808 ó 1810; en segundo lugar se coloca el proceso de Emancipación y las guerras de independencia que concluyen en la década de 1820 y 1830, período éste que es estudiado siempre teniendo en cuenta los antecedentes ideológicos, específicamente la Ilustración y el Racionalismo; y en tercer lugar se habla del Período Nacional que llega hasta nuestros días y dentro del cual se establecen dos tipos de influencias político-culturales, la europea-anglo-francesa y la norteamericana que comienza a finales del siglo XIX a partir del momento en que los Estados Unidos empiezan a intervenir más profundamente en los asuntos internos de nuestros países. Esta última influencia ha sido más notable en el Caribe y Centroamérica que en el resto del Continente.

En el caso de Santo Domingo este esquema sólo es posible señalarlo en forma demasiado general como para ser satisfactoria desde el punto de vista metodológico. Ello se debe, si se quiere buscar una causa general, a la posición, o mejor dicho, al papel que Santo Domingo jugó dentro de todo el proceso de descubrimiento, conquista y colonización de las tierras americanas durante el siglo XVI y tiempos posteriores. Por ejemplo: Santo Domingo es el lugar

de llegada de los españoles al Nuevo Mundo y como tal se convierte en el centro de todas las actividades que tenían que ver con la administración española de las nuevas tierras descubiertas o por descubrir. Como en Santo Domingo se descubrió oro y se encontró mano de obra indígena relativamente abundante, por un momento se creyó que la colonización de la isla Española sería un hecho permanente, tanto que incluso se crearon tres sedes episcopales, de las cuales, por lo menos hasta 1524, solamente pudo ser ocupada una que fue la de la diócesis de la Concepción, y ésto por muy poco tiempo. El descubrimiento y poblamiento de México y más tarde del Perú y otras tierras americanas distrajo casi completamente <sup>1</sup> atención de todo el plan de colonización. En muy poco tiempo Santo Domingo se vió sustituido por los puertos de La Habana, Veracruz y Nombre de Dios, pero mantuvo por razones de preeminencia una Catedral y un Cabildo Eclesiástico que actuaba en función de una supuesta importancia que hacía tiempo se había perdido. Se nota a lo largo del siglo XVI, en todos los órdenes de la vida social, y muy especialmente en la Iglesia, un estilo de hacer las cosas en el cual aparentemente se está perdiendo de vista la realidad circundante que era totalmente diversa a la de los primeros tiempos en que la abundancia del oro, de los indios y de las gentes, dieron una imagen de prosperidad a la primera colonia española de América.

A partir de 1520 la población dominicana vive del azúcar y de la exportación de cueros de vacas, pero como la mayor parte de la gente emigró hacia México y otras partes, la riqueza era producida utilizando mano de obra exclusivamente compuesta por negros traídos de Africa que en muy poco tiempo fue el doble de la población española (blanca) de la Colonia. Se estructuró de esta manera, andando el tiempo, una oligarquía esclavista compuesta por unas cuantas familias de origen español que se habían enriquecido en los tiempos del oro y de las encomiendas y que ahora vivían dedicadas al negocio del azúcar, importando negros para trabajar en sus ingenios. La Iglesia, entre tanto, dependía de los llamados señores de ingenio. Una buena parte de los clérigos tenían curatos en los ingenios en donde sus dueños en virtud de disposiciones legales vigentes, tenían derecho a patronato. Esto es, el bajo clero estaba en una relación de dependencia directa del gran propietario. Pero acontecía que los grandes propietarios de tierras e ingenios eran al mismo tiempo los más altos funcionarios de la Colonia y de los cabildos locales, en especial del Cabildo de Santo Domingo que era el centro del poder político y social en toda la Colonia. Tanto el Gobernador, nombrado por la Corona y removido de tiempo en tiempo, como el Arzobispo y su Cabildo Eclesiástico, que recibían

## ESQUEMA DE PERIODIFICACION DE LA HISTORIA DE LA IGLESIA EN SANTO DOMINGO

### I.—

1. La Iglesia frente al Indio (1493-1520)
2. La Iglesia frente al Negro (1520-1608)
3. Iglesia y Sociedad
  - a) Contrabando y herejes (1577-1608)
  - b) Pobreza y militarismo (1608-1660)
  - c) La vida cotidiana (1660-1795)
  - d) Salida de las órdenes religiosas (1795-1808)

### II.—

1. La España Boba (1809-1822)
2. La Dominación Haitiana y los bienes de la Iglesia (1822-1844)
3. La Primera República: Iglesia vs. Estado (1844-1861)
4. Anexión y Restauración (1861-1865)
5. La Iglesia, el Liberalismo y el Positivismo (1865-1930)

### III.—

1. La Era de Trujillo (1930-1961)
2. La Iglesia frente a la Revolución (1961-1973)
  - a) El anticomunismo militante (1961-1965)
  - b) La actitud arbitral (1966-1973).

fermento revolucionario. En cuanto a la Iglesia respecta se pueden ver claramente dos períodos. El primero cubre desde el 1960 a 1965, y el otro a partir de este último año en adelante. El primero nos presenta la Iglesia dominicana recibiendo una masiva inmigración de clero cubano, una buena parte de ellos jesuitas que emigraron de esa Isla huyendo del régimen de Fidel Castro. La propaganda anticubana tanto gubernamental como internacional junto con las historias personales de cada uno de los religiosos que llegaron a la República Dominicana contribuyeron a conformar una actitud de anticomunismo militante en la Iglesia dominicana. Esta actitud llevó a miembros del clero a participar activamente en la política y a aliarse con grupos políticos de la derecha que organizaron el Golpe de Estado de septiembre de 1963 contra Juan Bosch. Fue necesario haber sufrido el gran trauma de la guerra civil de 1965 para que la Iglesia cobrara conciencia de que su anterior alianza con los grupos reaccionarios podría resultar a la larga inconveniente. Esta toma de conciencia, aparentemente, se ha debido también a la difusión de las encíclicas "Mater et Magistra" y "Pacem in Terris" y, sobretodo, a la elección de dos obispos jóvenes de moderna formación que han servido como factores de sensibilización social tanto del clero dominicano como del extranjero. La guerra civil de 1965 y la intervención militar norteamericana de ese año también sirvieron para llamar la atención del clero de que el enemigo del pueblo dominicano no era solamente el comunismo. La Iglesia, luego de esas experiencias, se ha mantenido en una posición de búsqueda de vías para favorecer el cambio social en función de los principios de las encíclicas papales, aunque todavía falta mucho por recorrer en ese sentido. Se nota, asimismo, durante el período el esfuerzo de la Iglesia por actuar como árbitro en la vida pública dominicana dando a entender que su misión trasciende los objetivos materiales de la sociedad. En este sentido los obispos han tratado de mantener en los últimos años una actitud mucho menos comprometida con las instituciones oficiales que en el período anterior. Desde luego los hechos son demasiado recientes y la perspectiva muy poco amplia para dar en pocas líneas una visión más completa de la Iglesia en los últimos ocho años.

Sede en el año 1954, en que una delegación de alto nivel de la República Dominicana, presidida por Trujillo, viajó especialmente al Vaticano a firmar con Pío XII este tratado que convirtió a la religión católica en la religión oficial del Estado Dominicano y que estableció la identidad jurídica de efectos entre el matrimonio eclesiástico y el civil. La evolución política del país hizo crisis entre 1959 y 1960. Las implicaciones de esta crisis afectaron las relaciones entre la Iglesia y el Estado. Un fracasado intento de invasión proveniente de Cuba, una extensa conspiración anti-trujillista desarrollada en el interior del país, que fue descubierta y luego reprimida, un intento de asesinato contra el Presidente Betancourt de Venezuela que al ser descubierto hizo que la Organización de Estados Americanos aplicara sanciones económicas al régimen de Trujillo, todas estas cosas juntas, produjeron un notable deterioro en la situación nacional y Trujillo, tratando de reforzar aún más las bases del régimen, buscó apoyo de la Iglesia, su aliada tradicional, solicitando que los obispos de la República Dominicana le otorgaran el título de "Benefactor de la Iglesia en la República Dominicana". Los obispos se resistieron rechazando finamente el asunto lo cual contribuyó más a complicar la situación y permitió a los opositores del régimen identificar dentro de la Iglesia algunos grupos que podían servir para apoyar el movimiento de resistencia contra el gobierno de Trujillo. En 1960 los obispos habían emitido una carta pastoral llamando la atención sobre las condiciones de vida del pueblo dominicano. Los términos en que fue redactada esta carta no dejaba duda de que la Iglesia había decidido separarse de un régimen que se desmoronaba. De aquí al enfrentamiento directo con el régimen sólo hubo un paso. Trujillo desató una abierta campaña contra la Iglesia a través de la radio y la prensa y dispuso que sus agentes de seguridad vigilaran y persiguieran a los miembros del clero que se habían destacado como críticos del Gobierno. Tan grave llegó a verse la situación que en mayo de 1961, cuando Trujillo fue asesinado, existía un virtual estado de guerra entre el Gobierno y la Iglesia: Un Obispo se encontraba fuera de su diócesis escondido y huyendo de la persecución oficial y otro se encontraba sitiado en su casa donde esperaba ser asaltado de un momento a otro por turbas gobiernistas.

La muerte de Trujillo abre un nuevo período en la historia de la Iglesia en la República Dominicana porque casi coincide con la celebración del Concilio del Vaticano II y permite al clero dominicano comenzar una labor de crítica social que hasta entonces le había sido vedada. La década de 1960 a 1970 fue en la República Dominicana, al igual que en toda América Latina, la década del

tuvo lugar un significativo conflicto entre la Iglesia y el Estado cuando Meriño se opuso abiertamente a la promulgación de un proyecto de ley sobre el divorcio. Otro conflicto notable que repercutió grandemente en la vida pública dominicana fue la oposición de la Iglesia al establecimiento de escuelas laicas organizadas conforme los criterios positivistas de la época. El positivismo llegó en estos años a la República Dominicana y atrajo inmediatamente la simpatía de los grupos cultos de la población.

El próximo Arzobispo, que sucedió a Meriño en 1906, también llegó a ser Presidente de la República. Su nombre es Adolfo Nouel. Llegó a ejercer la Presidencia en el año 1913 por unos cuatro meses solamente. Dentro de la evolución eclesiástica lo más notable de la administración apostólica de Nouel es la llegada de órdenes religiosas al país por primera vez después de más de un siglo, pues debe recordarse que el clero religioso fue obligado a abandonar la Isla después de 1795 en ocasión del Tratado de Basilea. En cuestión de algunos años el clero extranjero sobrepasó en número a los sacerdotes dominicanos de manera que ya en 1930 cuando se avecina el gran cambio de la Iglesia dominicana era notable el desbalance.

Ese gran cambio tiene lugar durante la Era de Trujillo que transcurre de 1930 a 1961. Es, por decirlo de alguna manera, el período de la Iglesia triunfalista y extranjerizante. Debido a la avanzada edad de Monseñor Nouel la administración eclesiástica pasó a manos de un extranjero, de nombre Ricardo Pittini, quien fue hecho Arzobispo de Santo Domingo y desde el principio trató de estrechar lo más posible las relaciones de la Iglesia y el Estado en la República Dominicana. Esta política sirvió mucho, al menos desde el punto de vista utilitarista, a los intereses inmediatos de ambas instituciones, pues la Iglesia Católica, en detrimento de las demás sectas religiosas, se convirtió en la confesión protegida oficialmente. A cambio de su lealtad al régimen recibió innumerables beneficios materiales que al final del período se estimaban en unos 26 millones de dólares. La Era de Trujillo es la etapa del crecimiento material de la Iglesia Católica especialmente de las órdenes religiosas en la República Dominicana. Es el período de la adquisición de bienes inmuebles, de la construcción de colegios y seminarios, y de la adquisición de privilegios por parte de diversos sectores del clero, casi todo otorgado por el Gobierno. Todo ello se obtuvo, desde luego, a cambio de una lealtad absoluta al régimen de Trujillo. Las relaciones entre la Iglesia y el Estado llegaron a su punto culminante con la firma de un Concordato entre la República Dominicana y la Santa

conocida con el nombre de Guerra de la Restauración. Las causas de este conflicto fueron muchas, pero las de naturaleza cultural y espiritual son enormemente significativas. Como el anterior Arzobispo dominicano había muerto, el gobierno español nombró un nuevo Arzobispo peninsular que llegó a Santo Domingo inspirado por propósitos moralizantes condicionados por la rigidez del clero español de la época. En Santo Domingo encontró una sociedad donde el matrimonio canónico apenas existía y donde la mayor parte de los hombres influyentes eran masones. Frente a esta situación el Arzobispo decidió actuar queriendo obligar por ley a los dominicanos a que se casaran por la Iglesia y prohibiendo de un plumazo el ejercicio de la masonería. Estas dos simples medidas le costaron al Gobierno español la mayor parte de su popularidad y es sabido que fueron de los principales ingredientes del descontento que provocó la enorme reacción popular que llevó a la Guerra de la Restauración. Pocas veces Arzobispo alguno fue tan impopular en Santo Domingo, incluso entre el propio clero criollo que desde hacía tiempo llevaba una vida de adecuación al medio y a las costumbres locales y no era infrecuente encontrar un cura que fuera masón o que no tuviera hijos.

Luego de la expulsión de los españoles la vida pública dominicana se hace grandemente inestable. Se suceden las revoluciones, los golpes de Estado, las conspiraciones, los levantamientos y pronunciamientos. Entre 1865 y 1879 hay por lo menos 19 gobiernos. En todo este proceso los sacerdotes intervienen en la política, adoptan posiciones, sirven de asesores a los diferentes caudillos políticos y militares, son exilados —nunca fusilados— e incluso llegan a ser Presidentes de la República como ocurrió con Monseñor Fernando Arturo de Meriño, quien ejerció el poder constitucionalmente durante los años de 1880 y 1882 luego que su partido logró imponerse sobre los demás grupos políticos y pudo establecer un ciclo de gobiernos cortos de dos años, pero constitucionales, que trajeron por primera vez en mucho tiempo estabilidad política a la República Dominicana. Poco después de haber terminado su ejercicio presidencial Meriño fue nombrado Arzobispo de Santo Domingo y durante su administración se realizaron los primeros intentos para la organización de una Iglesia verdaderamente dominicana aparentemente como reacción a las medidas del anterior Arzobispo español. Meriño estableció un programa de formación acelerada de sacerdotes para hacer frente a la escasez de clero nacional, y en unos pocos años aumentó el número de sacerdotes dominicanos. Durante su administración se establecieron relaciones directas con la Santa Sede. Por otra parte,

Estado provocadas por el interés del Arzobispo y de algunos sacerdotes de que el Estado Dominicano, que se veía como una continuación —desde el punto de vista institucional— del Estado Haitiano, devolviera a la Iglesia las propiedades confiscadas por los haitianos hacía más de 20 años. La negativa del Gobierno Dominicano a realizar esa devolución, en vista de que muchas de esas propiedades habían sido adquiridas por terceras personas y otros particulares y resultaría enormemente engorroso revertir un proceso que había ido complicándose a medida que pasó el tiempo, produjo tensiones y provocó crisis políticas porque altos funcionarios del Gobierno estaban ligados familiarmente con altos funcionarios del clero. Esas tensiones culminaron finalmente en 1853 con una ruptura de relaciones entre la Iglesia y el Gobierno crisis de la cual el propio Arzobispo quedó afectado mentalmente teniendo que ser sustituido en sus funciones por un Vicario. Esta pugna no la ganó la Iglesia y el clero tuvo que mantenerse sometido a presiones del Gobierno dejando, poco a poco, a un lado el problema de las propiedades y bienes de la Iglesia.

Entre tanto los haitianos se habían mantenido realizando intentos por ocupar nuevamente la parte de la Isla correspondiente a Santo Domingo para someter a los dominicanos otra vez a su dominio. Hubo guerras, invasiones, presiones diplomáticas y negociaciones, todo lo cual fue reafirmando en los dominicanos el sentimiento de que ellos eran totalmente diferentes a los haitianos, esto es, blancos, católicos e hispánicos. Pero resultaba que los haitianos eran mucho más numerosos en número y militarmente más poderosos. Esto hizo nacer en los dominicanos un gran sentimiento de inseguridad que los llevó a buscar el apoyo de potencias europeas aún a cambio de ofrecer a estas potencias la adquisición de ventajas territoriales o a ejercer alguna forma de protectorado político militar ó, incluso, ofrecerles anexarse a la potencia que así lo deseara. Todo ello con la única meta de librarse del dominio haitiano. Ser dominicano en esos momentos era ser antihaitiano. Después de largas negociaciones, finalmente, en 1860 España, deseando restablecer su antiguo dominio en el Caribe, accedió a la petición del grupo gobernante dominicano de anexar la República Dominicana a los dominios españoles convirtiéndola en una provincia de ultramar. Ya en marzo de 1861 las primeras tropas españolas llegaron a Santo Domingo donde permanecerían gobernando hasta 1865 en que se vieron obligadas a salir después de una violenta y sangrienta guerra de dos años en la cual España perdió unos 21,000 hombres. Este es el período conocido con el nombre de Anexión y esa es la guerra



religiosas no volvieron a ocupar las posesiones abandonadas luego del Tratado de Basilea.

En 1822 los haitianos, que habían obtenido su dependencia 18 años atrás, aprovecharon una favorable coyuntura política e invadieron a Santo Domingo manteniendo a los dominicanos unidos a la República de Haití por espacio de 22 años. Uno de los primeros grupos en sufrir los efectos de la dominación haitiana fue la Iglesia, específicamente el Arzobispo con su Catedral, cuyas propiedades, en particular las tierras, fueron confiscadas y cuyas otras rentas, entre ellas los censos y las capellanías, fueron extinguidos por una ley promulgada en 1823. Desde el mismo día de la ocupación, la Iglesia se mostró contraria al régimen haitiano y varios sacerdotes conspiraron para dar un golpe de Estado que fue descubierto y reprimido rápidamente. A partir de 1824 las relaciones entre el Arzobispo y el presidente Boyer se mantuvieron en continua tensión por lo menos hasta 1830 en que el Arzobispo tuvo que salir hacia el exilio, luego que intentaron asesinarlo. La Iglesia no recuperó sus tierras ni sus demás propiedades, incluidas las de las antiguas órdenes religiosas, durante la Dominación Haitiana ni después de 1844, año en que los dominicanos pudieron separarse de Haití y lograron constituir un estado independiente llamado República Dominicana, luego del triunfo de una extensa conspiración en la cual se hallaba envuelta la mayor parte del clero tanto criollo como extranjero. Existe una abundante documentación sobre este punto. Otras de las razones que sirven para explicar el por qué de la oposición de la Iglesia al régimen haitiano es que los haitianos ideológicamente eran hijos de la Revolución Francesa y habían podido constituir una república independiente y organizar un Estado conforme a las teorías racionalistas y de la Ilustración de Locke y Montesquieu. El Arzobispo de Santo Domingo era monárquico lo mismo que parte del clero extranjero. Es curioso hacer notar que entre los conspiradores que facilitaron la organización del movimiento de independencia se encontraban sacerdotes que pretendían que la separación de Haití debía ser para volver otra vez a convertir a Santo Domingo en colonia de España porque, aparentemente, los dominicanos de la época todavía se veían a sí mismos como españoles. Sin embargo, entre los diputados de la primera Asamblea Constituyente que se encargó de confeccionar la Constitución para la nueva república había unos 7 sacerdotes, todos ellos de pensamiento republicano que evidentemente habían sido ganados por las nuevas ideas del liberalismo que estaba muy en boga en esos años. En los primeros años de la República hubo tensiones entre la Iglesia y el

definitivamente la blancura, opuesta al negro haitiano, y la catolicidad opuesta a sus prácticas vudú, como los rasgos esenciales de su ser nacional. Sin embargo, no quiere decir que existiese un verdadero sentimiento de una nacionalidad diferente de la hispánica debido a que durante más de un siglo sus enemigos habían sido los franceses y ahora resultaba que ellos eran quienes estaban gobernándolos en contra de su voluntad. Además, los soldados franceses, hombres de la Revolución francesa, antimonárquica, anticlerical y racionalista, se burlaban de las creencias, las costumbres y las tradiciones locales y tildaban de supersticiosos a los nativos que, pese a todo, confiaban y seguían ciegamente al clero y a su Arzobispo. Así la lucha por desembarazarse del gobierno francés era sólo cuestión de tiempo, y el factor determinante fue la noticia de que Napoleón había invadido a España deponiendo al Rey Fernando VII y colocando en el trono español a su hermano José Bonaparte, en 1808. En nombre de la hispanidad y en favor de la restauración de la monarquía los dominicanos se lanzaron a la guerra y lograron expulsar las guarniciones francesas a mediados del 1809. Pero he aquí las inconsecuencias del proceso histórico dominicano en relación con el resto de América Latina:

Mientras en el Continente la deposición de Fernando VII sirvió de pretexto a los grupos criollos para organizarse y prepararse para la emancipación de España, en Santo Domingo los grupos criollos se lanzaron a la lucha para expulsar de la Colonia a los franceses y para exigir a España que volviera a tomar posesión de su antigua Colonia. Es importante destacar que en la conspiración contra los franceses tomaron parte muy activa los sacerdotes y párrocos de diferentes puntos del país sirviendo como aglutinantes de la población para que ésta secundara un movimiento que se hacía en favor de un rey católico como era Fernando VII. Los años que siguen, hasta 1822, son años de intensa actividad política y militar en todo el Continente, son los años de las guerras de independencia, son los años de la exaltación liberal y republicana. Sin embargo, para Santo Domingo estos son los años del estancamiento. España estaba tan ocupada atendiendo a los enormes problemas del Continente que apenas si podía prestar atención o disponer recursos para siquiera pagar los salarios de sus funcionarios de Santo Domingo. El estancamiento llega a ser tal, en todos los órdenes de la vida local, que desde entonces los dominicanos le llaman a este período el de la "España Boba". Es notable que durante el período fue electo un nuevo Arzobispo, el Cabildo Eclesiástico fue reorganizado, se reabrió la Universidad, que estaba controlada por la Iglesia, pero las órdenes

propiedades de los jesuitas que también habían sido obligados, unos 20 años atrás, a dejar la Isla cuando Carlos III ordenó su expulsión de todos los dominios de España. De manera que entre 1795 y 1800 Santo Domingo sufre los efectos de una nueva emigración, en este caso, de los recursos humanos más calificados de toda la Colonia, esto es de la élite, que preferían dejar sus propiedades antes que ser gobernados por franceses.

No todo el clero abandonó la Isla. El Arzobispo obtuvo licencia para quedarse indefinidamente con parte del clero secular, pero las órdenes religiosas, no pudieron evitar su salida. En 1801 Toussaint Louverture, sabiendo que Napoleón Bonaparte pensaba atacarlo, pero actuando oficialmente a nombre del Gobierno francés, pasó con sus tropas a Santo Domingo y exigió de las autoridades españolas la entrega de la Colonia que había sido legalmente cedida a Francia 6 años atrás. Él pensaba que sería más fácil defender toda la Isla de un ataque francés si la ocupaba con sus tropas e impedía que la parte oriental sirviera de base para el mismo. El ataque francés no se hizo esperar y ya en marzo de 1803 llegaban a las aguas de Santo Domingo dos grandes flotas con unos 60,000 hombres, librándose durante todo ese año una de las más sangrientas guerras que conoce la historia de esta isla. En ella las armas napoleónicas sufrieron una derrota mucho más humillante que la de Waterloo al perder la vida prácticamente todos los soldados. Solamente pudieron salvarse unos 1,200 hombres, que, por razones muy especiales, pudieron expulsar los haitianos de Santo Domingo y ocupar la antigua colonia española gracias a la colaboración de sus habitantes que, significativamente, preferían ser gobernados por franceses que respetarían la esclavitud que por negros esclavos que habían iniciado su revolución asesinando a todos sus amos. Es importante hacer notar aquí que pese a que la mayor parte de la población de Santo Domingo era de color, mulata, muy pocos se consideraban a sí mismos negros y se hacían llamar "blancos de la tierra". El sentimiento de hispanidad había sido mucho más fuerte que la percepción real de la raza. Es importante destacar este factor porque los haitianos invadieron en 1805 con el propósito de expulsar el núcleo de franceses que quedaba en Santo Domingo, pero al frustrarse el logro de este objetivo, por razones que no vamos a mencionar aquí, las tropas haitianas compuestas en su mayoría por antiguos esclavos negros cometieron saqueos, violaciones, degüellos y asesinatos incluso de curas refugiados en sus propias iglesias quedando desde ese momento, entre los dominicanos la conciencia de que los peores enemigos suyos eran sus vecinos. Desde entonces, por contraposición, los dominicanos aceptaron

hispanidad en la que habitantes de Santo Domingo creían estar inmersos, no obstante existir entre ellos la conciencia, muy vaga por cierto, de que España desde hacia siglos los había abandonado, y no obstante, también, haberse producido mutuaciones raciales en el elemento criollo —que era la mayoría— las cuales ya hacían ver que la sociedad dominicana se encaminaba hacia una comunidad mulata. La Iglesia jugó un papel importante de este proceso, repito porque su identificación con los intereses de la Monarquía sirvió para identificar ideológicamente Hispanidad con Catolicidad y para hacer sentir a los dominicanos de entonces que la dominicanidad equivalía a ser blanco, a ser español y a ser católico.

La Revolución Francesa contribuyó notablemente a reforzar este sentimiento pero lo hizo en una forma muy singular. Como se sabe, la agitación revolucionaria en Francia repercutió en Haití y sirvió de detonante para la gran rebelión de los esclavos en 1791 en el curso de la cual fue exterminada la mayor parte de los blancos de la Colonia quedando el poder en manos de un jefe negro llamado Toussaint Louverture. Esta rebelión alarmó igualmente al gobierno revolucionario francés y a las autoridades coloniales españolas de Santo Domingo, lo mismo que a la Corona Española, todo ello al tiempo en que la Francia revolucionaria entraba en guerra con la España monárquica. Esta guerra, como se sabe, concluyó al firmarse la Paz en Basilea, en junio de 1795. Uno de los tratados comprendidos en la negociación de la paz estableció que España cedía su colonia de Santo Domingo a Francia, aunque el gobierno francés se reservaba el derecho de escoger la fecha de ocupación, cosa que no quería realizar hasta tanto la rebelión de esclavos, todavía en marcha ascendente, no fuera aplastada. Ahora bien, la Corona española ordenó inmediatamente a sus autoridades en Santo Domingo, especialmente a la Real Audiencia y al clero, tanto secular como religioso, que abandonaran en el acto la Colonia y se trasladaran a otras partes de las Indias. De todas las dificultades por las cuales la Iglesia había tenido que pasar durante los 300 años anteriores ésta aparecía como la más terrible porque ella significaba que tanto el Arzobispo como su Cabildo Eclesiástico y las órdenes religiosas tenían que despojarse de sus rentas, abandonando sus tierras, sus propiedades y sus bienes para ir a radicarse en cualquier otro lugar. Hubo, como es natural, una gran oposición al abandono, pero la Corona en este punto fue inflexible y las autoridades obligaron al clero, sobre todo a las órdenes religiosas, a salir de la Isla. Entre tanto se interpretó que esos bienes quedaban integrados al patrimonio del Estado. Aparentemente éste fue el caso de las

alcanzaron la cifra de 452,000 esclavos, y el desarrollo de una población mulata libre, descendiente parcialmente de estos negros, que en ese mismo año estaba compuesta por unas 28,000 personas, fueron hechos que sobrepasaron cualquier esfuerzo de evangelización que hubiera podido poner en marcha la Iglesia con los recursos de la época en que no existían, como se sabe, medios de comunicación de masas. La difusión del catolicismo por los misioneros franceses que trabajaron en Haití durante el siglo XVIII apenas alcanzó las grandes masas esclavas pero fue suficiente como para dejar en ellas nociones acerca de la existencia de los Santos del Calendario Romano que en poco tiempo fueron identificados, en relación con sus cualidades específicas, con algunas divinidades de las religiones africanas de las diferentes zonas de donde provenían esos esclavos. Es sabido que este sincretismo originó el desarrollo de un culto y una práctica religiosa muy particular no solamente de Haití sino también de otros grupos negros en diferentes partes del Caribe y América Latina: el vudú.

Durante el siglo XVIII las condiciones materiales de la Colonia española de Santo Domingo variaron muy poco. La Iglesia, al igual que el resto de la población, siguió padeciendo las mismas necesidades ocasionadas por la falta de comercio con Europa, la escasez de la producción, la vida rural de la mayoría de los habitantes y la existencia de un régimen de gobierno colonial sustentado fundamentalmente en el control militar debido a que Santo Domingo era considerada por España como una zona de importancia estratégica cuya conservación se justificaba para impedir que los ingleses o los franceses, cuya hegemonía en el Caribe ya era incontrastable, la ocuparan y la utilizaran como centro de operaciones navales contra las demás posesiones españolas en las Antillas. El desarrollo de la colonia francesa de Haití obligó al gobierno colonial a llevar inmigrantes blancos provenientes de las Canarias y a asentarlos en diferentes pueblos a lo largo de la frontera con el propósito de utilizarlos para impedir que los franceses continuaran expandiendo sus posiciones territoriales. El siglo XVIII en la historia dominicana es un siglo de pugnas fronterizas. Es un período durante el cual, poco a poco, se va reforzando el sentimiento de la hispanidad a través de la continua oposición a las pretensiones francesas y, a través, de la continua propaganda en favor de la defensa de los intereses del rey de España. En este proceso la Iglesia juega un importante papel porque al mismo tiempo va conformándose un cierto sentimiento —muy elemental, desde luego— de la nacionalidad vista como *dominicanidad*. Ahora bien, este sentimiento de dominicanidad no era más que un matiz de una

lugares más o menos apartados. De manera que esta gente, que componía más de la mitad de la población, se vió marginada de todo contacto regular con la Iglesia y sólo asistía a ciertos servicios en ocasiones solemnes. No hay que decir que esto debió tener sus efectos sobre la conservación del catolicismo, fenómeno que todavía espera ser estudiado. Por otra parte, en Santo Domingo la vida monástica se alteró notablemente a medida que fueron ingresando en los conventos femeninos jóvenes que buscaban escapar de la pobreza del medio ambiente y entraban en ellos sin vocación suficiente. Hay noticias, bastante abundantes, por cierto, que indican que hubo un relajamiento de las costumbres en el interior de los conventos tanto de hombres como de mujeres. El alto clero, por su parte, se vio obligado a colaborar con los caciques locales de turno para no verse marginado del proceso de adquisición de bienes materiales, sobre todo de manufacturas europeas que hacían la vida más llevadera y que solamente eran adquiribles a través de contrabando. Se sabe también que algunos arzobispos practicaron la usura. No obstante todo ello, se celebraron por lo menos cuatro sínodos episcopales en Santo Domingo al final del siglo XVII con la participación de obispos procedentes de otras partes del Caribe. Estos sínodos son reveladores del estado en que se encontraba la Iglesia en el Caribe en esta época, aunque no son del todo suficientes para conocer la situación específica en Santo Domingo.

A partir de 1660 empieza a desarrollarse en las tierras despobladas 50 años atrás la colonia francesa de Haití. No tardaron en presentarse graves conflictos entre las poblaciones española y francesa y entre las autoridades de ambas colonias. Los españoles consideraban a los franceses como usurpadores de sus tierras, y éstos, por su parte, sin hacer caso de las protestas españolas, seguían avanzando y ocupando cada vez mayor cantidad de terreno. El desarrollo de Haití a lo largo de los siguientes 120 años es uno de los procesos más determinantes en la vida histórica dominicana puesto que dividió definitivamente la Isla en dos entidades políticas diferentes y eventualmente en dos naciones, dos sociedades y dos culturas también diferentes. Los primeros pobladores de Haití fueron aventureros franceses —muchos de ellos calvinistas, muchos de ellos católicos. En poco tiempo se establecieron las primeras iglesias y se enviaron los primeros sacerdotes alrededor del año 1680. Desde entonces las autoridades francesas, en un intento por pacificar los ánimos de aquellos aventureros, permitieron que la Iglesia actuara y realizara su labor libremente, pero, como se sabe, la masiva importación de negros esclavos provenientes de Africa, que en 1789

fuera realizado con enemigos de la Corona, que al mismo tiempo eran enemigos de la fe católica. El pretexto esgrimido por la Corona para justificar la despoblación de la mayor parte de la Isla y la concentración de la población en los alrededores de Santo Domingo fue precisamente que el contrabando se realizaba con *herejes* que eran enemigos de los monarcas de España. Lo curioso del papel de la Iglesia en esta situación es que se vio obligada a apoyar a la Corona, no porque realmente estuviese verdaderamente interesada en impedir que los vecinos se ganaran la vida por medios ilícitos sino por obediencia al Rey. Hubo una rebelión popular en la que participaron algunos religiosos que fue duramente reprimida con persecuciones, ahorcamientos y ex-comuniones. Sin embargo, no puede establecerse que la Inquisición actuara conforme a los mismos patrones en que se desenvolvía en otras partes de América.

La vida dominicana durante el siglo XVII está regida por los siguientes factores: pobreza extrema de sus habitantes, despoblación continua, militarismo, lucha contra ingleses y franceses que pretendieron apropiarse de la isla de Santo Domingo, aislamiento casi total de las demás colonias españolas y actividad económica reducida prácticamente a la ganadería y a cultivos de subsistencia. El siglo XVII es el siglo de la miseria en Santo Domingo, miseria de la cual la Iglesia misma no pudo sustraerse. Son muy abundantes los testimonios de arzobispos y clérigos que narran las penurias por las cuales el clero, tanto secular como religioso, padeció por escasez de medios para llevar adelante su misión apostólica. En muchas ocasiones, a lo largo del siglo XVII, encontramos noticias de que es imposible decir misas ya sea porque falta el vino o la harina o porque las iglesias no están bien ataviadas o, simplemente, por falta de vestidos de los sacerdotes para celebrar los cultos conforme la liturgia manda. Hay abundantes informaciones que denotan una alteración tanto formal como sustancial en la vida religiosa dominicana durante este período. Por ejemplo, hay noticias de diferentes épocas en que se señala que las misas y otros actos religiosos tenían que ser celebrados de noche o muy de madrugada porque las gentes estaban tan desnudas que preferían no salir antes que ser vistas sin vestidos. Los sacerdotes, para poder conseguir asistentes a los actos, tuvieron que cambiar las horas de celebración de los mismos. En sentido pastoral la atención dedicada a los fieles fue minimizándose a medida que fueron escaseando los medios materiales. Por ejemplo: la pobreza obligó a los habitantes a irse a vivir a los campos en haciendas o "haños", como se les llamaba. Se produjo con ello un proceso de ruralización con la consecuente diseminación de la población hacia

salarios pagados del Tesoro Real, se veían precisados a actuar conforme a las exigencias de los intereses locales puesto que el papel marginal de Santo Domingo dentro de toda la organización indiana impedía a la Corona ejercer una acción de policía eficaz y sus principales funcionarios apenas si tenían poder para oponerse a los más importantes grupos que detentaban el poder.

Tengo la impresión de que la extinción de los indios tan temprana y el hecho de Santo Domingo haberse quedado con una población blanca tan exigua, bastante aislada del contacto con Europa, son dos de los factores que permitieron a los vecinos vivir libres de la vigilancia de la Inquisición que funcionaba tan vivamente en España como en diversas regiones de América. Esto es muy curioso porque la Iglesia, que teóricamente debía velar por la conservación de la fe en unos tiempos en que ésta se encontraba enormemente amenazada por la propagación del Protestantismo en Europa, reaccionó muy tímidamente frente a la presencia de contrabandistas luteranos que en las últimas tres décadas del siglo XVI fueron ganándose la simpatía y el favor de la mayor parte de los habitantes del interior y de las costas del norte de la isla Española que se encontraban bastante lejos de la fiscalización de las autoridades coloniales. Como se sabe, el monopolio de la Casa de la Contratación, unido a la incapacidad de España para satisfacer las demandas de productos manufacturados de sus súbditos en las Indias hicieron del contrabando un hecho general en las colonias españolas a lo largo de casi todo el Período Colonial. Ese contrabando, que era realizado por franceses, portugueses, ingleses y holandeses y que era alarmante de por sí por los efectos económicos sobre los intereses de la oligarquía comercial sevillana y de los comerciantes locales, se convirtió en la última década del siglo XVI en un grave problema de Estado a medida que las relaciones de España con Holanda se fueron deteriorando. Este hecho fue adquiriendo mayor gravedad y la Corona Española, urgida por los comerciantes locales y sevillanos, tomó la decisión, en 1603, de despoblar y destruir todas las villas y pueblos de la costa del norte y del oeste de la Isla obligando a sus habitantes a concentrarse en lugares cercanos a la ciudad de Santo Domingo, cosa que se realizó entre los años de 1605 y 1606, muy a pesar de la opinión de la mayor parte de la población que había hecho del contrabando la principal actividad para garantizar su subsistencia y muy a pesar, también, de las autoridades eclesiásticas de entonces, incluido el Arzobispo, quienes, mal que bien, aceptaban el contrabando como la única solución de las necesidades materiales de los vecinos, aún cuando estuvieran en contra de que este comercio